

---

# *El humanista*

---

## Sobre el humanismo en la doctrina de González

BERNARDO CANAL FEIJÓO

DOCTOR EN DERECHO graduado en 1922 en la Universidad de Buenos Aires. Fue decano-interventor en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata en 1955-56. Actualmente es director del Departamento de Actividades Culturales de la Universidad de Buenos Aires. Escritor, su vasta producción abarca diversos géneros, alcanzando altas distinciones. Este año de 1963 la Sociedad Argentina de Escritores le concedió el "Gran Premio de Honor". Entre sus libros, pueden citarse: POESÍA: Dibujos en el suelo (1932), La rama ciega (1942), etcétera. TEATRO: Pasión y muerte de Silverio Leguizamón (Premio Municipal de Bs. Aires, 1944), Los casos de Juan y Tangasuka (1963). ENSAYOS: Alberdi, Constitución y Revolución (Premio Nacional, 1955), Teoría de la ciudad argentina (1958), entre otros libros igualmente valiosos.

**H**UBO dos hombres, inavenibles entre sí —que él trataba íntimamente de conciliar— en su personalidad profunda: 1. El hombre de pensamiento público, o mejor, el hombre público capaz de pensamiento, que expresa su saber erudito, y devuelve o proyecta públicamente, enseñando, legislando, lo que ha aprendido en escuelas o libros; 2. El hombre íntimo, de un saber inherente, menos vía de conocimiento que camino de perfección. En él se hipostasiaban, como en muchos místicos, el hombre de religión y el hombre de poesía. Él mismo otorgó la clave perfecta de su vocación esencial: *La poesía es la religión inconfesada de todas las almas*. Acaso por no confesar su religión se entregó a la poesía, íntimamente, casi secretamente, con temblor entrañable. En ella confesaba de un modo paladino un credo sin dioses aparentes, pero henchido de apetito de Dios. (La poesía tiene de importante eso: el incluir un plus significativo, un excedente incontenible del ser más reservado, o más reprimido, del hombre, otorgando al fin su

clase total). La amplitud y relativa diversidad de su obra —que ha llevado a algunos a llamarle polígrafo— permite pensar, como se hacía el siglo pasado, en sus “talentos” más que en su talento. Tanto como una gran potencia prueba una enorme dispersión. Una enorme dispersión a costa de una gran potencia, a menudo. En lo cual cabe reconocer uno de los rasgos característicos del genio argentino.

Por esta vía de agua de la autenticidad del espíritu argentino, a menudo los mejores se sienten arrastrados, con sacrificio o grave circuncisión de la vocación profunda a veces, a “la vida pública”, como suele decirse, aunque a fin de cuentas solo resulte el cargo oficial.

El doctorado y “los talentos” lo proyectaron a él a la política. Si pudo alguna vez —ya quizá tarde— quejarse de las “rudas y prosaicas” incomodidades de la “vida pública” a que lo había arrastrado su suerte y su aptitud argentina, la verdad es que su queja nunca alcanzó el desgarramiento, y que él sirvió a la función con los mejores recursos de su espíritu, cumpliendo de este modo a la vez con “la patria” y consigo mismo. Más de una vez la incomodidad de la función pudo ser la fuente de sus mayores gozos intelectuales.

Pero no está ahí el González esencial y arquetípico, aunque ahí esté probado, con exceso enorme por momentos, uno de los rasgos más peligrosos del genio argentino. El González fundamental está cifrado dentro del menor espacio volumétrico ocupado —como siempre ocurre con lo verdaderamente esencial— por su obra de hombre privado, como entonces se decía, de su ser de hombre de poesía y de religión, —del místico, para decirlo en una palabra que él mismo admitió con propias reservas.

Profesadas con o sin íntima reluctancia, la vida pública y la política terminaron desengañándolo. El desengaño lo devolvió a su propia esencia y a su propia senda. Era de esos hombres llamados a realizarse hacia adentro. La vida pública refrenó, sofocó, distrajo de sí misma esta profunda polaridad. De este modo, ni el ingente volumen de las obras del hombre público, ni el escaso volumen de las obras del hombre privado, dan la medida de la verdadera envergadura de su “genio”. No tengo miedo de usar esta palabra a su respecto, ni siquiera para establecer reservas *ad hominem*. Cabe a veces hablar del “genio” no por virtudes de genio personal sino por virtualidades de genio colectivo. González no acertó a desentrañarse totalmente. En eso se diferencia de Sarmiento, Hernández, Alberdi. González, reprimido, sofocado, encerrado, por el oficio público, no pudo alcanzar esa “obra” —de poeta, de filósofo, de sociólogo— a que parecía predestinarlo su vocación profunda; ni pudo abandonarse plenamente a

## EL HUMANISTA

su propia realización hacia adentro. González es González *menos* algo prometido a su genio, como genio nacional. . .

\* \* \*

Para salvarse de esta fatal encerrona se refugió en su mística. . .

Se le ha llamado "apóstol". Esta palabra significa discípulo y propagador de una doctrina (originariamente, una doctrina religiosa). Pero González nunca se propuso propagar, inducir, en el terreno religioso. Quiso, sí, él mismo, para sí, realizar, asumir, una forma de ser profundamente religiosa. Por eso bien merecía el nombre de místico. Como tal no se sintió precisado a propalar doctrina o teoría. Es ejemplar, no docente.

Su mística insumió su religión y su poesía, substancialmente. Era función nuclear de cierto "etos" que —en cándida superchería filológica— él decía sentir inmanente en el "concepto" de justicia, como unidad orgánico-espiritual de ética y estética. (*En las definiciones clásicas y modernas de esta eterna palabra, se presiente como un vago perfume de belleza, al reconocer que un átomo de esa substancia, ya denominada "eto", unidad orgánico-espiritual de ética y estética, entra en la constitución del concepto de "justicia"*). Era la primera vez que se hablaba de la estética en el derecho y la justicia. . .

Los apologistas de su mística se resisten a hablar de su religión. Se desentienden no poco de este asunto remitiéndose a los perfiles harto someros de su "orientalismo". Acaso, de un modo quizá inconsciente, quisieran con ello absolverlo del pecadillo —¡hasta qué punto venial!— de su masonismo. Y desde luego no debe descartarse del todo la sospecha de que él mismo se corriera al orientalismo para obviar incomodidades a causa del masonismo.

Sábase que a los 18 años era ya masón caracterizado. "Murió Rosa Cruz", a los 60, testimonia espontáneamente alguien. Nunca, en ninguna parte del mundo, la masonería ha sido considerada incompatible con ningún credo confesional. Pero nunca, en ninguna parte, y particularmente en América, ha dejado de ser resistida en nombre de la religión, y mantenida en cauto descarte.

Por mi parte ignoro si en el fondo habrá cuestiones de ortodoxia. Lo que sé es que máximas figuras de la historia de la libertad americana profesaron la masonería. En cierto modo habría lugar a decir que fueron masones por causa patriótica.

Concluyo que el masonismo hace más a la psicología del patriotismo americano que al espíritu religioso propiamente dicho. Podría así hablarse

sin mayores reservas de los “bienfaits” del masonismo en estas latitudes. Nunca fue más masón González que en su orientalismo. Por su orientalismo, su masonismo, órgano de su honda “religión de la patria”, se instalaba en su mística fundamental.

Pensando que “la ley del odio” presidía —y podía explicar— el suceder de la historia de su patria, fue a su mística en busca del “etos” profundo de la conciliación universal, ese “etos” que él sentía inmanente en la ética, la poética y la justicia. Una conciliación pues, que comenzara en el dominio de sí mismo y —tratándose substantivamente del ser americano o argentino— terminara en una resolución trascendental de la desgarradora antinomia, de la gran contradicción íntima del ser americano, cifra hereditaria de choque de conquistador y conquistado, de europeo e indio, de blancos y negros. . .

Entresonaba un destino de la humanidad, siguiendo en cierto modo la ruta cotidiana del sol en marcha hacia una última “*realidad ideal de la identidad de doctrina, creencias y deducciones morales, para la conducta, probando que el elemento de la gran conciliación futura, existe intacto en la base en el alma de las filosofías maternas —índica, helénica, cristiana, islámica—, y que lo único que se opone a su advenimiento es una fatalidad histórica, hasta hoy no destruída, pero no indestructible*”.

En lo algo desmañada —como toda su prosa en general— la frase contiene, siquiera preformados, todos los elementos de su concepción del mundo, en que se mezclan, no muy confusamente, su orientalismo adoptivo y su occidentalismo consubstancial. De ahí que esa concepción pueda lo mismo ser contemplada bajo especie de Religión que bajo especie de Filosofía. Conlleva un fondo de Sabiduría que allana escrúpulos especificatorios de carácter sistemático.

Símbolo absoluto de su ser argentino —y americano— su “orientalismo” comporta en sí la recarga de una vocación recóndita hacia el Oeste, —“derecho ande el sol se esconde”— hacia un poniente, que era, para él, precisamente su oeste natal: (*Un día la montaña nativa habló por mí: yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces ví, conocí, sentí que era místico. . . Soñé volver un día a vivir en ellas la vida de mi infancia, para cerrar yo también mi ciclo*).

Su alma, su ser, vive proyectado, cada vez más, hacia ese rumbo, que él establece concretamente con su Samay-Huasi; el rumbo zodiacal

## EL HUMANISTA

hacia la Noche, hacia la gran sombra. Pero está proyectado hacia allá de un modo singular, que debo significar diciendo que es “de espaldas”, o sea de cara al rumbo opuesto, a Oriente, que es de donde viene la luz. *Ex oriente lucis*. . . Vive mirando hacia Naciente, pidiéndole durante toda su vida lo que Sarmiento —y Goethe—, mirando hacia arriba, sólo pidieron para sí en su última hora después de haber estado pidiéndola para los demás toda su vida: Luz. La de los “alumbramientos” . . .

Símbolo absoluto de su ser, ese “momento” de su espíritu se refleja en la parábola de su existencia. Nacido en Nonogasta, el viaje juvenil de su provincia a la de Córdoba, y luego de Córdoba a Buenos Aires, recorre geográficamente la dirección contra-solar, de Occidente a Oriente. Secretamente, íntimamente vivió desandándola, pero siempre con la mirada fija en esta dirección. Como argentino auténtico —esto es, verdadero y profundo— en su espíritu y su destino se entretajeron una extraña inclinación a las sombras natales, y una visionaria vocación al orto de las auroras entrevistas.

Años después de su muerte cundiría en las letras occidentales la frase “meeting of east and west”. Él sintió en su alma, asumió y anheló instituir en proposición universal de cultura americana, ese encuentro, soliviado a sus más sublimadoras trascendencias.

Cada día se irá conociendo mejor, es decir más a fondo —que esa es la dirección que pide su esencia— esta figura egregia y singular; la esencia fundamentalmente significativa de su ser y su obra, la medida de su autenticidad argentina y americana, dada en lo que soñó y lo que pudo, en lo que extrae y lo que genera, en lo que anchamente abarca y lo que estrechamente aprieta, en lo eficaz y en lo frustrado, en lo disperso y lo concreto. Acaso la verdadera autenticidad argentina camine sobre el filo de esta alternativa antitética, y cifre un delicadísimo equilibrio entre un ser y un no ser inminente, un sutil difumamiento de alba todavía dudosa, infundiendo un ocaso todavía henchido. *“El sol no muere nunca, porque al hundirse en el horizonte, lanza el último rayo hacia el oriente; como diciendo: por allá volveré a nacer.”*

Creo que él cayó en este orden de preocupaciones, cuando se vio combatido, negado, agraviado por adversarios o émulos políticos. Lo fue como hombre público o político empujado a funciones eminentemente expuestas al juicio y al descontento público: gobernante, ministro, senador o

diputado. . . No lo fue como jurisconsulto, como hombre de cátedra o doctrina, como legislador. Y menos como hombre de una intimidad extraordinaria, esa faz de su personalidad y ser naturalmente accesible a pocos, y muy próximos. A estos próximos, contemporáneos suyos, débese hasta hoy todo el juicio de su obra y su espíritu. Más que un juicio es un simple —y muy importante— testimonio; un testimonio inmediato y vivo que por demasiado vivo e inmediato ni alcanza a abarcar todo, ni a ver bien claro en lo que abarca. Como juicio este testimonio envolvía una gran dosis de cariño. El hombre íntimo no podía dejar de ser querido. Si se lo admiraba por su obra de hombre público, se lo admiraba queriéndolo. Al revés de lo que acontecía con su “hermano mayor” Sarmiento. No disimuló González que el modo de devoción que rodeó sus últimos años, no dejaba de molestarle. Su espíritu, tan oriental bajo aspectos esenciales, en eso se probaba profundamente occidental. “Acostumbrémonos —previene— a no confundir admiración con cariño, (aunque lo uno suponga lo otro) y con ello ocultar la verdad y el mérito”.

No quería el cariño que enturbia la mente, así como no quiere el odio que obnubila el juicio, para la estimación de su obra y de su persona. Quiere la admiración, solo posible en el plano de la obra o el acto en que se supera toda razón simplemente afectiva. Se los admira a Moreno, a Sarmiento, a Alberdi, por una razón de fuerza en sí que vuelve innecesaria toda ternura hacia ellos, inútil el odio sin embargo inevitable en algún momento. Nada hay que perdonarles o disimularles, porque uno siente que todo lo suyo responde a una razón inherente, debida a su ser —que es como decir debida a antojo mismo de los dioses—. Esta divina proporción necesita ser averiguada en la obra de González, porque él acaso la concibió “admirable” y muchas veces se ha tendido a asociarla a los grandes paradigmas de la admiración argentina.

¿Qué inspiraba en él, en su obra, ese cariño que sus contemporáneos y la posteridad inmediata confiesan sin ambages, y él rehusaba con delicada desconfianza? Su condición profunda, su actitud vital, el registro secreto de su espíritu, la esencia socrática de su pensamiento y estilo. Hombre de soliloquio, se tenía, escuchándole, la impresión de estarse dialogando con él. Como en el soliloquio socrático, su alma entraba en el alma del interlocutor alumbrándole la propia respuesta. Esta virtud se trasfundía a su estilo literario. Hay esta oralidad profunda, lectiva y mayéutica, en su estilo. Y en el “cariño” de los testimonios contemporáneos, sentimos la falta de una obra que no habría podido dejar de tener la forma de un diálogo platónico.